

0745

CONSERVACIONISMO DE LA FAUNA ICTIOLOGICA DE LAS AGUAS DULCES.

1-II-1.960.

Por: ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ.

Señor Ministro de Agricultura; Señores Miembros del H. Cuerpo Diplomático; Señores Miembros de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura; - Señores participantes de otros países; Señoras, Señores:

En esta ocasión se me ha honrado con la palabra, ante tan selecto auditorio, para que corrobore y encomie un estudio y un movimiento en favor de la pesca de las aguas continentales y de los baluartes que naturalmente la sustentan; tema sobre el cual se han sentido ya, y se sentirán a lo largo de este Curso de Piscicultura, por los Técnicos de la FAO y del Ministerio, tantas premisas de orden científico, que mi misión no puede ser otra sino insinuar su problemática y darle mayor permeabilidad hacia la opinión de nuestros conciudadanos por la emoción con que lo exponga, por la lógica de que logré investir sus enunciados y por la brevedad capsular a que pueda reducirlos. Debo referirme especialmente al caso colombiano que es el que primero tenemos a la vista.

La importancia de un conservacionismo de los peces colombianos de agua dulce, así como la de mantener sus factores ecológicos favorables; la imprescindible necesidad de una política y sobre todo, la urgencia de una investigación y de una docencia, a todos los niveles, empresas del Ministerio, ahora más que nunca, proseguidas con fervor, son aspiraciones que se fundan en características constitutivas, por decirlo así, placenteras de nuestra nación.

Se ha vuelto rutinaria entre geógrafos y pulsadores de nuestros destinos internacionales, la expresión de "Colombia casa de esquina" que quiere decir: "Colombia privilegiadamente accesible a los dos mayores océanos del mundo". Al calificarnos así en Suramérica, olvidamos que, en el semicontinente del norte, todos los países, excepto El Salvador, van del uno al otro de esos océanos, que los puertos son las puertas de las naciones al mar y que contrariamente a lo divulgado por muchos optimistas, nuestros puertos naturales para barcos transoceánicos en el ángulo NW continental, no pasan de uno o dos y, finalmente que esos pocos que allá se nos ofrecen no están comunicados entre sí ni con el interior en forma expedita para su utilización. Sólo en la apariencia de las cartas geográficas y para un futuro que apenas amanece, somos "casa de esquina" en lo que respecta al valor vial y comercial de los océanos y este hecho lamentable que se ha reflejado en nuestras relaciones con los países del archipiélago antillano, (con los cuales rompimos desde que se estableció la navegación a vapor), y en nuestros vínculos culturales con el Lejano Oriente, (que es por paradoja nuestro inmediato occidente), se agrava por estar clausurados nuestras puertas en lo que respecta a la pesca marina.

El aprovechamiento alimentario e industrial de los recursos marinos es fortaleza -- amurallada para nuestro asalto. Generalmente se supone que la pesca marina es un recurso, si irrenovable, también inagotable; si imposible de aumentarlo con técnicas humanas, de fácil acceso y captura. Una y otra de esas condiciones favorables son falaces. Si -- se atiende a la pesca localizada a la que puebla los golfos, las ensenadas, esteros, ra das, ancones, y albuferas, preferidos por nuestros pequeños pescadores y aún a ciertos parajes de alta mar, con peculiar morfología y fecundidad del fondo subpelágico, vemos que, en ellos, la pesca disminuye y se ahuyenta haciéndose antieconómica según fueren las prácticas humanas. También vemos que de la pesca inagotable nos separa un complejo difícil de modificar, que consiste en el pescador, en su navío, en su aparejo, en su as tillero, en su instrucción, en su venta a la orilla, en los sistemas de predicción me-- teorológica, en los de congelación y conservación, en los transportes, en el mercadeo -- y en la preparación culinaria. Y ese complejo de elementos negativos, que se encabeza -- en el atraso de nuestros propios conocimientos en biología marina, nos lleva a una cate-- goría inequívoca de pueblo sub-desarrollado y sub-alimentado.

Nuestro alarde de "casa de esquina" se diluye así, en lo que atañe a la pesca, en -- realidades innegables de esos mismos mares que nos circuyen. Surge de aquí con eviden -- cia cenital, la importancia que tiene para Colombia la pesca en sus ríos internos. Di-- je de ella que era constitutiva y estructural de la nación. Porque se funda en las pene-- traciones en el territorio continental, del nuestro nacional y del centro de gravedad -- de la población. Lo que nos veda aprovechar la pesca marina, nos hace volvernos hacia -- la fluvial y lacustre y agiganta a su respecto la responsabilidad que tenemos ante los -- complejos técnicos que representa su aprovechamiento y ante las generaciones presentes -- y futuras de colombianos.

La capital de Colombia con sus atracciones de poblamiento y con la irradiación de -- sus normas de vida, es la más distante al mar en el continente americano. Del Océano Pa -- cífico la separan las escabrosidades de tres cordilleras andinas. Con el Atlántico reci -- bió de la naturaleza una vía, única por siglos, que fué el río Magdalena. En condicio -- nes similares a las de Bogotá nacieron y se desarrollaron la mitad de las ciudades de -- Colombia y en las mismas rompen ahora sus envolturas embrionarias, muchos gérmenes de -- ciudades en la orinoquía y en la amazonía. Todo ese complejo, hizo, hace y hará impera -- tiva para el hombre colombiano, la pesca de los ríos.

Si volvemos los ojos al pasado prehistórico, cruza nuestro panorama la teoría cada -- día mejor soportada en los hechos de que los habitantes indios de las planicies andinas al norte del Ecuador tuvieron su origen en pueblos asiáticos también de altura que no -- supieron aprovechar la leche de los animales domésticos. Si esas culturas de elevados -- niveles térmicos, sin ganados, no carecieron de una adecuada nutrición protéinica y fos

forada, como lo comprueba el que hubieran alcanzado altos grados culturales de organización social, fue porque hallaron su compensación en las aguas dulces, en la escasa fauna que las puebla.

Aunque no está suficientemente dilucidado todavía el elenco básico de los alimentos y bebidas de los indios que, con anterioridad a la conquista habitaron este suelo que hoy es nuestra patria, vemos en primer lugar, que los grupos indígenas supervivientes, viven en la actualidad y principalmente de la pesca fluvial y que a sus faenas se dedican niños y varones, menos veces las mujeres, con una destreza que los civilizados tenemos que pedir a los aparejos y señuelos más refinados. Así se realiza la leyenda "ñagatú" - de que fué un pez el que fecundó a Anao, madre de todos los hombres.

Hubo un momento decisivo para el hombre que surgía del lúgubre antropoide y que emergía a lo providente cultural. Levantó con astiles, cañas, troncos y hojas de la selva, su maloca o tambo sobre una ortilla elevada del río majestuoso donde hierve la muerte y florece lo ilusorio; al clarear el día o al brillar un espléndido plenilunio bajó a las aguas, se sumergió en ellas y volvió a la luz, fresco como si tornara a nacer, consideró su arco y su flecha, los armó y con visión agudísima penetró la linfa transparente; vio acercarse al pez de dorso mimético y de flancos plateados y con precisión exacta traspasó con su arpón los metales palpitantes; lanzó una voz de júbilo y tornó con su mayor riqueza: un pescado, a su mujer y a sus hijos famélicos, a su hogar donde una olla rústica humeaba ya sobre la llama de leña seca venida de la selva.

Cuántas veces se ha repetido esta escena inicial de una ciencia, de una empresa gigante en nuestros días que ahora nos llama y nos galvaniza ?

El segundo paso de esa historia fué la solidaridad tribal, el trabajo cooperativo, una nueva técnica basada en ese fino conocimiento que de su medio vegetal lograron los pueblos primitivos y que fue la pesca con barbasco. Los varones desgajaron o arrancaron en el monte las yerbas indicadas por el payé o shamán. Las mujeres las machacaron, con piedras, en el fondo de una canoa; añadieron las cenizas del yarumo o del bihao y con gritos y con garrotes hicieron que se reunieran en uno de los peces adormilados en un largo trayecto del afluente o de la quebrada y vertieron, en sus aguas, el veneno que se difundió por ellos como una muerte de color de las inundaciones. Hubo un hervor, un paroxismo de las aguas y los peces mostraron a los ojos ávidos de la tribu, sus vientres blanquecinos y paralizados. Siguió alegría, las visceras se tranquilizaron, que antes despedazaba el hambre; los hombres se fortalecieron, las mujeres se alegraron, los niños crecieron y la raza entró con más fuerza en sus futuros destinos.

Entre los motivos escultóricos que nos muestran la estatuaria de San Agustín y los petroglifos diseminados entre las Guayanas y la Macarena estudiados por Schomburgk y ponderados por Humboldt como pruebas de una vasta civilización americana que, para el momento de la conquista española, ya se había extinguido; entre los detalles de la cerámica de Esmeraldas y de la región Calima, no falta el pez, al lado del jaguar, de la --

serpiente, del pajuil, de la rana pluvial, de la lagartija y del abejaorro linterna. La vinculación del hombre americano con la pesca se selló, lo que era apenas natural, pues diversas intrusiones de las razas asiáticas en nuestro continente se hicieron a través de los mares, quizás por pescadores llevados a la deriva sin otra vitualla que los peces caídos al azar en sus embarcaciones.

Y vino después la conquista, la penetración del territorio hoy colombiano a lo largo de los ríos, por aventureros segregados de los tercios españoles, por desocupados de Andalucía, de Extremadura y de Castilla, por los marinos éuscaros que comandaban aquellos Adelantados de la audacia y de la rapiña, genios de la aventura, que se llamarán Jiménez de Quesada, Belalcázar, Perdemán, Bastidas, Robledo, Balbos. Ellos también aprovecharon la pesca fluvial para mitigar sus hambres, como consta en muchos pasajes de sus crónicas, pero más que arrebatársela a los ríos y lagunas, prefirieron raparla de las manos de los indios avasallados, únicos que con sus chinchorros, sus atarrayas, sus nasas, sus trincheras, siguieron bajando al agua y apresando la riqueza alimentaria que pulula en sus caudales. Por siglos de la historia patria el aprovechamiento de la pesca fluvial se hizo por los métodos indígenas, por hombres del pueblo ignaro, con los instrumentos primitivos, escasamente transformados, que suministró la selva, bajo el concepto indígena de que las aguas eran inagotables y de que sobre los hombres no pesaba ninguna responsabilidad a su respecto.

Quando el viajero que, en nuestros días entrega su barca al río Magdalena, llega a esos paisajes maravillosos del delta del Cauca, de las desembocaduras del Cesar, del Nechí, del San Jorge y de Simití, ve al cerrar la noche que las orillas del río se ven constelando de hogueras, como si el cielo estrellado hubiera bajado a la tierra. Al rededor de cada llama se desarrolla una escena maravillosa; el episodio mil veces repetido, oloroso a sudor, a entrañas de pescado y a mentalidades de pescadores, a relatos de su aventura y del folchore de los ríos de Colombia. Debo en mi vida ya larga, a la avidez de naturaleza y del pueblo, muchos recuerdos de esas noches en que colgué junto a esas hogueras, mi hamaca y asistí a esas pesquerías, bajo el dombo oscuro favorito de la pesca y para el escintilar de los astros. Callaba entonces, para no perturbar con mis conceptos ese mundo virgen que me invadía el alma, pero en mi interior, durante esos trasnochos, repetí muchas veces la frase de Franklin: "Quien saca un pescado del agua, levanta del suelo una moneda de oro", en parangón con esta otra que rotula un cuadro de Sorolla en su Museo madrileño: "Y aún dicen que el pescado es caro".

A tales actitudes; a esa habilidad indígena merced a la cual la naturaleza vertió de su seno maravillas para el sustento de los hombres y en que ellos, por toda reciprocidad, le dieron un amor devorador, matricida, como el de la prole de los escorpiones, se redujo la acción por aprovechar, conservar, renovar y aumentar la potencialidad alimentaria de las aguas dulces de Colombia. Retrasada, nos llegó, en época muy reciente, una ideología científica a su respecto que es, precisamente, el mensaje de quienes me están oyendo, organizadores de este curso de Piscicultura que me honro en inaugurar.

Perdimos en la jornada del pasado algunos dones del patrimonio pesquero, así de los mares como de los ríos colombianos, porque nos faltaron el conocimiento de las causalidades conservacionistas y las convicciones operativas de una mejor convivencia con la naturaleza. La tortuga Carey y la verde marinas, los ostrales de perlas, las tortugas del Magdalena y sus afluentes, la tortuga "arrau" de los Llanos; el manatí; los cocodrilos y caimanes; el "pez craso" de Tota; el "Capitán", son especies todas en receso, tal vez irreversible, sin que podamos decir que contamos con Reservas Naturales Estatales efectivas para salvar de su total extinción esos elementos de la fauna espontánea de Colombia. En ustedes tiene puestas sus esperanzas el país para la preservación de esos dones naturales, cuya progenies se adelgazan por la explotación sin normas.

El conservacionismo ictiológico tiene una primera relación con el hidrológico; con la tutela de las fuentes, quebradas y ríos, con la de las lagunas, estanques y pantanos; con el de las mismas "chambas" medianeras, antes tan socorridas y ahora tan caídas en desuso; con el mantenimiento de los arbolados, que defendían las reservas hídricas de los estiajes más severos. Es un tema tan vasto que ni siquiera intento encerrarlo en este discurso.

Se complica la conservación de los peces de agua dulce por la misma susceptibilidad del medio en que viven. El pez no sólo necesita de aguas sino que sucumbe a su polución. La profunda continentalidad de nuestras ciudades y centros fabriles, expone las aguas a una contaminación creciente, irremediable, de caracteres excepcionales, que incide sobre toda la glicofauna en equilibrio. Recuerdo a este propósito lo que aconteció en la laguna de Fúquene, a raíz de la desecación de sus pantanos litorales por el sencillo ahondamiento de un canal de desague hacia el río Suárez, en la llanura chiquinquireña. Tal vez importada de lejanas latitudes por las aves migratorias, se presentó una invasión de la laguna por cierta especie de Volvox microscópica tan abundante, que hizo cambiar la tonalidad de las aguas; se extinguieron las especies de Dafnia, se caracolillos, de esponjas córneas que antes las habitaban, la pesca registró mínimos que dejaron sin su recurso a las poblaciones ribereñas y hasta las aves que allí abundaba abandonaron sus viejos nidales.

Mínimas cantidades de algunos reagentes químicos expulsados por los centros fabriles; cambios de fauna y flora inducidos por los purgadores de aguas negras, mayores cada vez por el crecimiento demográfico, influyen aún a la distancia, sobre la vida de los peces, expuestos por todos sus tegumentos al ataque de los medios polutos donde quedan encarcelados. Tal vez el mayor peligro de poluciones no esté en ese pulpo creciente, por mil tentáculos, que es el centro urbano y fabril. Los encargados de proteger la pesca, ustedes, deben poseer los instrumentos para apreciar y la autoridad para reprimir el uso indiscriminado o inmoderado de los insecticidas, fungicidas y matamalezas agrícolas, los cuales, deslavados de las tierras por las lluvias, van a las quebradas, percolan en las aguas de sub-superficie y minan en forma profunda los equilibrios bioquímicos, fundamentales para la vida limnológica e ictiológica.

Todo esto reclama nuestra investigación porque Uds. saben muy bien que si las aguas se convierten en el zumo de la tierra y el pescado es el zumo de las aguas; la potencialidad de la tierra es el vino exprimido de los cerebros de todo un pueblo que lo posee.

No han sido muy afortunadas las ciencias zoológicas en Colombia. Sus primeros brotes consistieron en el estudio y dibujos que de los peces capturados para el mercado en la bahía y mares de Cartagena, hizo Don José Celestino Mutis, en sus dos permanencias entre 1760 y 62, en ese puerto; de ahí siguieron algunas observaciones del mismo Mutis y de Don Jorge Tadeo Lozano sobre aves y serpientes; un salto de décadas nos lleva a las descripciones de ofidios venenosos del Cauca, por Everisto García; otro más largo nos pone en contacto con la época de los mariposeros y colectores de aves vistosas para la exportación de curiosidades y para el vestuario. En nuestro siglo vino la época brillante en que trabajaron Carlos Montoya, el H. Apolinar María y algunos de sus colegas de comunidad, obra que sucumbió, junto con el entusiasmo de sus fautores, en aquel brutal 9 de abril; se sucedieron una constelación de estudios y publicaciones ornitológicas de Chapman, de Dugand, de Lehman Valencia y de varios extranjeros, como Fuhrmann y Major; gozamos por singular fortuna para nuestro país, de la acuciosidad científica de Cecil Miles, sobre peces del Cauca y de la hoya del Magdalena; de Molano Campuzano y de George Dahl. Sin embargo falta todavía a Colombia una obra que nos informe y nos resuelva las dudas de cada día, comprensiva y señera, sobre todo lo que es y significa nuestra fauna nacional, sobre los ciclos biológicos e instintos, requisitos alimentarios y de guarida de nuestros animales. Sólo en esta información completa se puede basar nuestra acción defensora de los dones que para el sustento, las comodidades, los intereses del arte, de la patria y de la medicina, se nos ofrecen en nuestra fauna nativa. Mientras no se abran las páginas de ese libro, siempre nos darán en las narices con las puertas del presupuesto, tan generoso para otras promociones, como reducido para la alta cultura.

Defender las aguas, mantener su composición, sembrarlas con especies más económicas - defender éstas y las espontáneas de los métodos destructivos de pesca, indagar su periodicidad, su fecundidad y sus instintos; fomentar sus deportes (un deporte iluminado por el saber y responsable ante la sociedad); crear Reservas Públicas de Naturaleza, mejorar la conservación y el consumo, desarrollar una vasta ciencia de derredor de ella, divulgarla, es una misión difícil pero noble que tiene móviles, dignos de la FAO y de Ministerio y son los de suprimir el hambre, tutelar el crecimiento normal, vigoroso de los hombres, hacerlos más alegres y enriquecer la patria con dones permanentes.

Tal vez algunos no pescamos porque es poco lo que pescamos; es decir: nos hace falta esa pausada entrega de la energía, esa constancia para buscar el éxito, características de las razas superiores, porque los colombianos no consumimos suficiente pescado y porque nuestros jóvenes no practican suficientemente los deportes de la pesca.

Lo que digo de Colombia, se aplica con suficientemente claras variantes a otros países latinoamericanos, y por eso no dudo del acierto de la FAO al escoger a nuestro país y a los técnicos colombianos para que estudiantes venidos de las naciones hermanas inquietaran-

aquí, rodeados de nuestra consideración amistosa, lo que todo el Continente necesita y practicará mañana.

Así que la misión de ustedes, comenzada por aquellos aborígenes, semillas de la raza, a la poética orilla del río o de la laguna, sobre como la niebla puvial y en sus manos, a incorporarse a lo más alto de la naturaleza, el vigor mental de los hombres, a su cultura y dotes espirituales.

Como el pez en el agua, los latinoamericanos nadamos en el agua turbia de nuestra ciencia inicial. Pero tenemos signos de esperanza en ustedes, en sus claras inteligencias, en su amor por el pueblo menesteroso, que en la tierra es principio y fin de todas las cosas.

Fin